

POR LOS CAMINOS DE ANTONIO

En los días del estío he andado los caminos de Antonio. Digo los de Baeza y Úbeda, hacia el río, hacia su agreste cárcava, por Torreperogil. Olivos, encinas, cerros que se comban al sol tibio, campesinos que andan, lentos, tras la recua, cigüeñas en las espadañas... Como entonces. Como cuando él los andaba, tristeado y nostálgico, solitario y cansino. Poeta caminero fue siempre el buen andaluz; inquieto, su sosiego. ¿Qué buscó en los caminos y en los ocasos este noble varón fatigado? ¿Qué quería encontrar, qué quería perder? Esa luna que sube, «amoratada, jadeante y llena», sobre la carretera que el polvo cubre y los olmos mustios guardan, ¿qué alumbra? ¿Un hombre que hace camino al andar o una sombra que deshace cuanto huella?

*Los caminitos blancos
se cruzan y se alejan...*

.....

*Caminos de los campos...
¡Ay, ya no puedo caminar con ella!*

No puede caminar con ella porque el Señor se la ha arrancado. Y era lo que él más quería. Clama su corazón, brama en el desamparo. ¿Su corazón? «Un corazón solitario / no es un corazón» ¿Qué es entonces eso que todavía alienta en su pecho y le hace ir y venir, como ajeno, catedrático bondadoso, hombre vencido, poeta profundo?

Anda Antonio, sí, por los valles y sierras guadalquivireños, como ayer a orillas del Duero. ¿Gozando en su andadura? «... Tú, que has placer en el volar de un ave, / y en el humano caminar disgusto», escribió para él Fernández Ardevín. Y él mismo: «Amargo caminar, porque el camino / pesa en el corazón»; y poniéndose la careta de Abel Martín:

*agrios caminos de la vida fea,
que también os doráis al sol poniente!*

«La vida fea», dice el poeta con verbo que se ingenuiza, que se aniña. Como niño se ve, «por los caminos, sin camino»; como niño que en la noche festera se extravía entre la gente y el aire polvoriento y la candela chispeante y, atónito. comprueba cómo su corazón se puebla de pena y de música; y crece, de pronto: «borracho melancólico», se llama, y «guitarrista lunático» y «pobre hombre en sueños». Sin transición. Al vaivén del péndulo interior que pasa de la luz a la sombra en el tiempo de un segundo.

Por los caminos de su Andalucía va Antonio: cuelgan de su memoria imágenes luminosas, palmeras, un huerto, un limonero, un cielo añil, encendidos naranjos, múltiples aromas –el nardo, el clavel, la albahaca, la hierbabuena–, una fuente espejeante... Su infancia toda. Pero también, como lacias guedejas de un santo procesional, las peñas grises, los fantasmales encinares de Castilla, el amor trunco. Tanto, que acaba siendo nada: porque la memoria se tornó autodevorante, aniquiladora:

*Soledad,
sequedad.
Tan pobre me estoy quedando,
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.*

Fácil es aceptar que le gane el desaliento. «Vueltas y revueltas. Ya no puedo más». Monstruo de su laberinto; araña en su tela, mejor, enredada, presa en sus propios hilos. Quiere quedarse quieto, parar.

*¡Torreperogil!
¡Quién fuera una torre, torre del campo
del Guadalquivir!*

Pero está rectificando, puntualizando lo que antes le había salido más preciso:

*¡Torredonjimeno!
¡Torreperogil!
Quién se quedara hecho torre,
cerca del Guadalquivir.*

Claro que Torredonjimeno, más al sur, forzada la geografía; por eso vuelve el poeta sobre lo hecho. Pero la variante es aquí lo de menos. Lo de más es su afán de clavarse en mitad del campo suyo, de plantarse en él, de inmovilizarse. Espartales, olivos, tarayes, adelfas, sean sus compañeros, sus centinelas, desde ahora. Instante crucial, encrucijada decisiva. Pero su destino trashumante acabará imponiéndose, arrastrándole otra vez hacia Castilla. «¡Campo de Baeza, / soñaré contigo / cuando no te vea!» Porque el poeta tiene desgarrado el pecho. De Despeñaperros hacia arriba andará sintiendo los tironazos dulces y crueles del sur suyo; hacia abajo, la llamada de unos lugares y unas gentes que le colmaron y le marcaron en un momento decisivo de su vida, la llamada también de esa niña cuya tierra está en el alto Espino. Troceado Antonio, amor tajado –amortajado– el suyo de español hasta los tuétanos, que un día –malhaya– irá a expirar bajo otro cielo, «triste, cansado, pensativo y viejo».

*He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas...,*

pudo decir. Por unos y otras, ¿cuántos le hemos seguido, cuántos le seguirán? Antonio es de esos poetas cuya quemadura no se advierte a flor de piel. (Algo parecido ocurre con Gerardo). Pero a poco que uno hurgue –reflexione– verá su impronta aquí y allá, su poderoso aliento conformador, su pisada de peregrino tenacísimo. Que sigue alejándose, acercándose:

*Soñé que tu me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.*

*Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera....*

Oíd su campana ahora, en este amanecer que se agrisa y se conmueve y se queja al conjuro de su memoria infrangible.

CARLOS MURCIANO

(*La Estafeta Literaria*, núms. 569-570, 1-15 de agosto de 1975)